



DE JAGUARES Y PIRATAS

Sonia Mayela Rodríguez Ortega*

Hubo una vez un litoral, extraño y solitario, allá en el sur de Costa Rica. Corrían los primeros aires del siglo XVII.

Era un lugar extraordinario, poblado de susurros y suspiros, grávido de verdes y azules, cubierto por ese velo de niebla que van tejiendo las olas cuando braman al romper.

Por eso fue que la selva y el mar se enamoraron.

Ella desparramaba sobre la arena su tesoro mayor: el agua cristalina de las cumbres que surcaba con hilillos de luz la inmensa soledad de aquellas playas. El mar era el vientre amoroso que recibía alborozado el presente de la selva. El caudal de savia y murmullos, las resinas de tiempo que acunó la hojarasca: el secreto del humus oculto por siglos en la canción del bosque.

El viento recogía el aliento de ambos y el litoral solo era entonces un trance apasionado de espuma. En ese justo momento se revelaba el Misterio y todo abría de par en par, su blando corazón de palma. Todo, también los acantilados y los peces, que jugaban a los colores en los jardines del coral.

Una miríada de ojitos húmedos se asomaba desde el terciopelo del bosque para ser testigos del prodigio.

Los jaguares eran más atrevidos. Porque ellos también habían sucumbido al sortilegio. Se pasaban los soles y las lunas amansando la arena gris, haciendo la guardia junto con la espuma que se derrumbaba exhausta a sus pies.

Fue entonces cuando llegaron ellos. Traían arcabuces y una ferocidad que intimidaba a cualquier fiera de la selva. Todo lo atropellaban, de todo abusaban, todo lo querían para sí. Las piedrecitas que brillaban como el sol en las quebradas, los peces de los arrecifes, los animales y hasta los gigantes del bosque... El jefe, desde el bergantín fondeado en la bahía, miraba satisfecho el saqueo. El lugar era perfecto para una base. Arriba muy alto, en el mástil, la muerte ondeaba esperando más órdenes...

En el litoral, todo el equilibrio mágico se había roto. Pero cuando la vida languidece así, sus

*Programa de Producción de Material Audiovisual de la UNED. Publicado con anterioridad en el Semanario Universidad y en la revista Diálogos Ambientales de la FECON; carbunklo@hotmail.com

estertores son una convocatoria poderosa: los jaguares empezaron a juntarse.

Manaban de la selva como los riachuelos colmados de oro. Parecía como si el mundo estuviera poblado de jaguares. ¡Jaguares! Jaguares tiernos, dispuestos a todo, incluso a ser feroces, por defender aquel amor que llenaba los días y las noches.

Uno a uno los piratas fueron desapareciendo...

Como sus hombres no daban señas de vida, el capitán decidió ir a tierra a buscarles.

La playa estaba solitaria de nuevo. El oleaje se había encargado de limpiar los despojos. En la arena gris solo quedaban huellas. Huellas de jaguares...

El viejo pirata tenía suficiente sensatez como para darse cuenta de que lo mejor era marcharse.

Nunca más volvió a verse un bergantín pirata en el litoral. Una voz corrió de nave en nave: "¡No pongáis un pie en la tierra de los jaguares!..."

Hoy día el litoral -casi ninguno en el país- es el mismo. Los piratas volvieron. Sin arcabuces ni barbarie. Aprendieron la lección de sus antepasados y no tomaron por la fuerza la tierra y el mar. Nos lo compraron...

Eso, dicen que se llama progreso.

Nosotros en cambio no aprendimos nada. Porque matamos a casi todos los jaguares y ahora al parecer, ya no queda casi nadie dispuesto a defender con tal pasión, el misterio del amor y de la vida...

La historia nos la contó un amigo. No sabemos si la leyó o si otro amigo se la contó. Firmo yo, pero somos dos. Esperamos que muchos más. Se necesitan muchos, a falta de jaguares, que crean que la tierra, como decía Debra-vo, es para todos. ¡Como el aire!